

Variedad y pluralismo

JOSÉ LUIS PINILLOS

Alaguien, nunca he logrado saber quién, dijo aquello de que "los amigos; de mis amigos son mis amigos", Al parecer era un francés, pero los diccionarios: de "citations" que yo conozco no registran la cita. Nos da igual. Aquí, todos somos amigos: de Julián Marías y, por tanto, está justificado, creo, que me haya permitido dirigirme a Vds. ¡llamándoles amigos. Electivamente, lo somos. Algunos de estos amigos —Gregorio Salvador, Pedro Armengol, Elena Catena, José Manuel Bleuca, Mario Parajón— hablaron el miércoles pasado de Julián Marías, el escritor. Esta tarde, otros amigos y yo —nos están viendo a todos— tenemos el privilegio de hablar sobre Julián Marías, el filósofo.

A Julián Marías lo conocí siendo yo un estudiante de filosofía, hace ya la friolera de medio siglo. Tuve además la fortuna de asistir a algunas clases de aquella Aula Nueva, donde el y María Araujo intentaban transmitir el espíritu de una Universidad que ya era historia. Comprenderán que son muchos los recuerdos personales que conservo después de tantos años y que, igual que a mis compañeros de mesa, me gustaría compartir con Vds, esta noche. Pero el tiempo de que dispongo es muy escaso, y prefiero aprovecharlo para hacer algunos comentarios sobre lo que me parece central en la persona y en la obra de Marías, esto es, su condición de filósofo. Creo que esto es también lo que da a entender la circunstancia de que, en el tríptico en que se anuncia este homenaje, el lugar Central lo ocupe Marías, el filósofo.

Son incontables los testimonios que podrían aducirse en relación con el pensamiento filosófico de Julián Marías, y a alguno de ellos; me

referiré más adelante. Peor el que me viene; a la memoria de inmediato es, sin duda alguna, el de su *Historia de la filosofía*. Conservo el; vo lumen que manejé cuando estudiaba filosofía —regalo de José Gutiérrez Maeso, un amigo y compañero de curso, también alumno de Aula Nueva—, y veo que la fecha de la edición, la primera, es de 1941. Me cuesta creerlo, pero ha pasado más de medio siglo desde entonces. Según creo, el libro lleva ya a sus espaldas más de 40 ediciones; 41, para ser exacto. O sea, a poco menos de edición por año. No está mal. Que yo sepa, no hay ninguna *Historia de la Filosofía* que se haya reeditado tantas veces. Es increíble, pero cierto; y todo el que entienda algo de libros y de filosofía sabrá lo que eso significa.

La *Historia* de Marías lleva un prólogo de Zubiri. Recién terminada una guerra civil, y comenzada otra mundial, era bien difícil contar con una presentación así, claramente de lujo. Zubiri, quince años mayor que Marías, confiesa en el prólogo que, a su juicio, un libro sobre el conjunto de la historia de la filosofía quizá sólo pueda escribirse en plena muchachez; pero al mismo tiempo celebra el simpático gesto de entusiasmo del discípulo, Marías era entonces muy joven —26 años— y, por tanto, era natural que su maestro no las tuviera todas consigo al verle enfrentado con una empresa de tanta envergadura, y en circunstancias tan difíciles. Sin embargo, a cincuenta años vista, es evidente que el joven Marías dio en el blanco a la primera. Su muchachez resultó ser anticipada madurez, que el paso de los años ha confirmado plenamente. El ejemplar que utilizo ahora —y lo hago con cierta frecuencia— es más reciente y también más grueso que el que manejé en mi juventud, pues al parecer con los años hasta los libros engor-

dan. Pero, sin embargo, no estoy seguro de que la última edición sea mejor que la primera. De la *Historia* de Marías puede decirse que, con el tiempo, ha sido aumentada, pero no corregida, que yo sepa. Desde el primer momento, su *Historia* fue una presentación equilibrada e inteligible del pensamiento filosófico occidental y, si acaso, esa impresión se incrementa con los años. Muchos después, ya en la década de los 60, fue posible imprimir por fin el *Epílogo* que Ortega había iniciado en 1943 a la *Historia de la filosofía* de Julián Marías. En él puede leerse que el autor nos ha dado dos lecciones de un sólo golpe: "una, de historia de la filosofía; otra, de sobriedad, de ascetismo, de escrupulosa sumisión a la tarea que se había propuesto, inspirada en una finalidad didáctica". Así ha sido. Cientos de miles de lectores han dado fe durante medio siglo del singular acierto de Marías como historiador de la filosofía. Yo recuerdo que, en mis años de estudiante de filosofía pura —así se decía entonces "el Marías" era el libro que había que leer, pero no se podía decir. A muchos jóvenes, aquella *Historia* también joven, nos ayudó entonces a salir de la oscuridad. Cincuenta años después, sigue ayudando a otros jóvenes a formarse una visión responsable de la filosofía. Ninguno de los dos logros ha sido hazaña menor. Sólo por ellos, ya tendría Julián bien asegurado un puesto importante en la historia de la filosofía.

Pero Don Julián es un hombre que escribe muy bien y al que se le entiende todo lo que quiere decir; sin duda, es uno de los mejores escritores con que cuenta la lengua española. Y ello, como le sucedió a su maestro Ortega, hace que algunas gentes se confundan. Hay quien efectivamente entiende o cree entender que, por escribir tan bien, Marías tiene que ser fundamentalmente un escritor. Y lo es; pero no sólo, y no fundamentalmente. Es un escritor con fundamento, que no es lo mismo. Y además en ninguna parte está dicho que un filósofo tenga que escribir mal, haya de ser necesariamente oscuro y resulte aburrido. Un filósofo que escriba mal difícilmente puede pensar bien. La claridad es, en efecto, la cortesía del filósofo, porque el lenguaje es la forma del pensamiento, y el filósofo es el encargado

de guardar las formas del logos. Algo que Don Julián ha sabido siempre hacer muy bien. En el *leguein* del *lo-gos*, la palabra y el pensamiento son momentos de los que Heidegger considera *equiprimordia-les*. Ambos son diferenciales, pero inseparables. Todos los que le hemos leído a Marías —y quién no lo ha hecho— sabemos cómo escribe. Pero hay algo que yo ignoraba, y que he tenido ocasión de comprobar en las labores que comparto con él en la Academia de la lengua. Me refiero a la admirable, a la increíble capacidad que tiene de formular con claridad y rigor, en el menor número posible de palabras, la definición de los términos más difíciles y complejos que, a veces, hay que introducir, o corregir, en el Diccionario. En un trabajo sobre Marías, *Julián Marías et la pensée française?* Alain Guy hablaba hace años del "cartésianisme fonction-ne!" del personaje. Elogio máximo que de la pluma de un francés puede salir acerca de un filósofo, español por más señas, y que yo suscribo sin dudarlo, porque para eso no soy cartesiano. Añadía Guy, por si el elogio fuera escaso, que ese cartesianismo funcional contaba además con el apoyo de una razón vital e histórica. Es verdad. Y la observación merece un comentario, porque la filosofía de Marías se halla profundamente vinculada a estas dos ideas de Ortega, de quien ha sido un discípulo tan fiel como original. Mi modesto homenaje a Julián se quiere centrar justamente en el tema de la originalidad de su pensamiento.

Para poner algo de claridad sobre el Julián Marías filósofo, es preciso comenzar por tener en cuenta que hay muchas formas de hacer filosofía, que no se parecen nada a las Sumas medievales, ni a los grandes sistemas del racionalismo. Cada época tiene su *ge-nium saeculi*, su *Zeitgeist*, y la vocación filosófica cambia de expresión con el paso del tiempo. La condición filosófica no se pierde porque se aborden los problemas de una forma nueva, de acuerdo con la situación. La de este siglo, a partir de *La Betle Époque*, ha estado marcada por el signo del desconcierto. Se comprende, pues, que el problema de saber a qué atenerse en la vida constituya una de las preocupaciones capitales de la filosofía de nuestro tiempo. Para habérselas con la cuestión, Marías buscó el apoyo del lenguaje, como también ha sido

propio de nuestro siglo. La razón humana se haEa íntimamente vinculada a la palabra y, por ello, es inevitablemente histórica. Marías lo supo pronto de su maestro y, por ello, su "cartesianismo" — llamémoslo así por lo que tiene de claridad y rigor— se ha desarrollado desde una razón que no es racionalista, porque tiene en cuenta su condición vital y su inserción en la historia. La razón en Marías es vital, aunque no llegue a los extremos de los vitalismos, y es también histórica, porque tiene muy presente que "la realidad en conexión" sólo se la da a la razón humana en un mundo histórico.

Por ser vital y por ser histórica, ha pensado Marías que la razón le es necesaria al hombre para entender su vida en la porción de historia que le ha correspondido en suerte. Por ello, una vez concebida de este modo la razón, Marías ha tenido que hacer de la filosofía la forma superior del *saber a qué atenerse acerca de la vida*, es decir, se ha visto forzado a hacer de ella el órgano supremo de cómo habérselas con ese radical quehacer que es la vida humana. Si se sitúa uno en este punto de vista, la diversidad de la obra de Marías muestra entonces, junto a la señera legitimidad y sentido de cada una de sus partes, una legitimidad y un sentido de orden superior, que quizá ha alcanzado la expresión más clara en su *Antropología metafísica*. Por ello ha insistido siempre tanto en que la vida de que se ocupa es empírica, pero tiene una estructura. Es empírica, y como tal se compone de una inagotable diversidad de aspectos y episodios, que las categorías de análisis que utiliza —que no son sólo las de la ciencia natural— se encargan de conceptualizar. Pero tiene a la vez una estructura necesaria, por referencia a la cual los episodios de la vida cobran su sentido. La estructura de la vida es necesaria, y por tanto universal; pero es empírica, y por lo tanto plural. De ahí que en su pensamiento, la estructura empírica de la vida aparezca como el campo de la variación humana en la Historia. Ello, insisto, da unidad filosófica a la diversidad de su pensamiento, y le permite no descuidar el valor de la diferencia, tan

característico también del pluralismo de nuestro mundo.

En el prólogo que hice hace ya muchos años al libro, verdaderamente espléndido, de Harold Raley sobre el pensamiento de Marías, creo recordar que abundé en lo que me parecía el método connatural a un pensamiento filosófico que traía de saber a qué atenerse respecto de la vida humana. Como el ser de Aristóteles, y la vida biológica, la vida biográfica se dice de muchas maneras: maneras que se diversifican y se complican de forma maravillosa a lo largo de la historia y de la diversidad de las culturas. Marías sabe muy bien hasta qué punto difieren los estilos de vida y las visiones del mundo, porque como un Solón de la era de las comunicaciones ha visto y corrido muchas tierras por el afán de saber. Y de ello ha dejado testimonio en sus muchos libros de países —que no libros de viajes—, como *Los Estados Unidos en escorzo*, *Análisis de los Estados Unidos*, o sus escritos sobre la Argentina, que han encontrado originales y justos —pues no son siempre laudatorios— los lectores y la crítica de esos países: Jaime Perraux, Harold Raley, James Abott, Robert Merton, y tantos más. En la India, por ejemplo, están traduciendo ahora al "hindi" un libro ya añoso, la *Imagen de la India*, que los naturales de esa tierra encuentran hoy de plena actualidad. En fin, no quiero extenderme sobre la cuestión de la altura filosófica que da Marías a su visión de otros países, pero tampoco puedo dejar de aludir a lo contrario, quiero decir, a la presentación del argumento histórico a la que da del suyo. La traducción de *España inteligible* al japonés es otro indicio de la capacidad de Marías para dar razón de la diferencia española a los hombres de otras tierras.

En definitiva, creo que esto es lo que quería decir más o menos cuando afirmé la legitimidad y el sentido filosófico del pluralismo que posee la amplísima y variada obra de Marías. A la postre, una vida biográfica como la humana que ha de hacerse a sí misma en un mundo tan cambiante como el nuestro, necesita efectivamente saber a qué atenerse. Y es en ese saber a qué atenerse la

vida de cada cual y, por ende, al menos *lato sensu*, también la de todos, donde siempre ha tratado de poner claridad y sentido la filosofía de Marías. Una respuesta responsable, filosófica donde pueda haberlas, a la realidad radical del hombre: a su vida misma.

Dar razón filosófica de la vida significa atender a muchas cosas sin perderse en la diversidad. Significa tratar de ver en esas diversidades, por supuesto lo que tienen! de razón propia, lo que

aportan de significado! y valores *sui generis* al concierto de la cultura humana. Un concierto que podrá ser quizá cónsonante para nuestros

oídos, pero que en cualquier caso se enriquece con los puntos de vista; de la diferencia. La sensibilidad para este problema descuidado por el pensamiento de la Ilustración, y por el neoilus-

trado, es lo que a mi parecer ha llevado al Marías filósofo, a pasar revista a muchas cosas que, a primera vista, pueden parecer inconexas.

Nada más lejos de la realidad; nada más lejos de la verdad de la filosofía de Marías. Y ello

por una serie de imperiosas y filosóficas razones, de las cuales, para terminar, sólo aludiré aquí a tres. ;

La primera razón consiste en que se pase de revista, esa visión sucesiva de las cosas de la vida que cultiva Marías, se hace desde un concepto vital de la razón,; que consiste en poner la realidad en conexión, o poner las cosas en conexión de realidad, O lo ;que es lo mismo, consiste en dar sentido a los hechos humanos por la referencia que dicen a: la totalidad en que aparecen, esto es, a la vida misma. Esta idea es sumamente importante, porque permite prestar a la diferencia la atención debida, sin convertir la filosofía en un calidoscopio de fragmentos inconexos.

Marías viene desarrollando este enfoque con suma perspicacia y sentido filosófico desde hace mucho tiempo. En suma, a lo que se refiere esta razón es a que, en el hecho diferencial, se alumbrian una riqueza de contenidos significativos y; axiotógicos, que se analizan sin perder de visita la conexión de realidad que poseen todos ellos como parte de la vida.

La segunda tiene que ver con el carácter narrativo que ha acertado a dar Marías a una filosofía de la vida que se toma como lo que es, como un drama personal. Esto explica la modulación literaria que suele dar Marías a sus planteamientos filosóficos, tan ajenos al escolasticismo abstracto que entre nosotros se asoció durante largo tiempo al quehacer filosófico. Y por último, la tercera de las razones que da profunda unidad y sentido filosófico a la obra de Marías —a su *Antropología metafísica*—, pero no sólo a ella —no es otra que la condición moral en que se unen la razón vital y la razón histórica que heredó de su maestro Ortega.

Termino con una alusión a una pregunta que muchos españoles se han hecho a propósito de la relación de Julián con la política, puesto que en una filosofía como la suya, la política, la alta política, y con ella la moral, ocupa un lugar muy importante. Diré algo sobre los presuntos giros de Marías a la derecha o a la izquierda. Tengo para mí que es una cuestión de perspectiva. Marías gira, pero lo hace en círculo, contemplando lo que ocurre en los 360 grados de horizonte que se abren ante su mirada.

Comencé hablándoles de la amistad. Como alguien dijo en una ocasión, creo que fue Vol-taire, la amistad de un gran hombre es un regalo de los dioses. Con Julián Marías, a todos nosotros, y a muchos más, nos ha correspondido ese regalo. Lo menos que podemos hacer es darle las gracias.